

Una de estas estatuas tiene la figura de una mujer. Es más bien un maniquí que una estatua, porque está vestida con un traje de indiana y lleva cubierta la cabeza con un viejo sombrero de seda. A los pocos momentos apercibí que se oía un ligero ruido y un chorro singular salía por debajo de las faldas, y entonces noté que esa mujer era una fuente.

El campanario de la iglesia de Dinant es un inmenso jarro de agua. Sin embargo, la fachada de la iglesia, vista desde el puente, conserva un sello distinguido, y la ciudad forma un conjunto delicioso.

En Dinant se deja la orilla derecha del Mosa. El arrabal de la orilla izquierda, por el que se pasa, se apiña admirablemente alrededor de una vieja torre ruinoso de la antigua muralla. Al pié de esta torre, en un laberinto de casas, he entrevisto al pasar un excelente castillejo del siglo quince con su fachada de volutas, sus ventanas de piedra, su torre-cilla de ladrillo y su veletas extravagantes.

Pasado Dinant, el valle se abre y el Mosa se ensancha; en dos cimas lejanas de la orilla derecha se distinguen dos castillos en ruinas; luego el valle se dilata más todavía: las rocas aparecen raras, aquí y allá, bajo ricos caparazones de verdura, y una gualdrapa de terciopelo verde bordada de flores cubre todo el paisaje. Por todas partes se desbordan los plantíos de lúpulo, los vergeles, los árboles que tienen más frutos que hojas, los ciruelos de color de violeta, los manzanos rojos, y en todos lados se ven en copos enormes los racimos escarlata del serbal de los pájaros, ese coral vegetal. Los patos y las gallinas picotean y escarban la tierra en el camino; oyense los cantos de los bateleros en el río; jóvenes frescas, con los brazos desnudos hasta los hombros, pasan con cestos cargados de yerba en sus cabezas, y de cuando en cuando un cementerio de aldea viene á codear melancólicamente esta carretera llena de alegría, de luz y de vida.

En uno de estos cementerios, en que la yerba alta y la pared inclinada cuelgan hácia el camino, he leído esta inscripción:

*O pie, defunctis miseris succurre, viator!*

A mi modo de ver no hay ningún momento de un efecto tan profundo. Ordinariamente los muertos advierten; aquí suplican.

Más adelante, al trasponer una colina, donde las rocas de la orilla derecha, tra-

bajadas y esculpidas por las lluvias, imitan las piedras ondeadas y desgastadas de nuestra vieja fuente del Luxemburgo, que, entre paréntesis, se ha vuelto á colocar tan deplorablemente ahora de nuevo, siente uno que se aproxima á Namur. Las casas de recreo comienzan á mezclarse con las viviendas de los campesinos, las quintas con las aldeas, las estatuas con las rocas, los parques ingleses con los campos de lúpulo, y, sea dicha la verdad, todo esto poco á poco y suavemente.

La diligencia mudó el tiro en uno de esos lugares variados. Yo tenía á un lado un magnífico jardín mezclado de columnatas y templetos jónicos; al otro un figon, adornado á la izquierda por un grupo de bebedores, y á la derecha una espléndida porción de apiñadas malvarosas.

Detrás de la verja dorada del parque, sobre un pedestal de mármol blanco, ve-teado de negro por la sombra de las ramas, la Vénus de Médicis medio se ocultaba entre el follaje, como avergonzada é indignada de que la vieran completamente desnuda los campesinos flamencos, que estaban sentados alrededor de una mesa, bebiendo un vaso de cerveza. Algunos pasos más allá, dos ó tres muchachas guapas habian entrado á saco en un ciruelo de grandes dimensiones, y una de ellas se habia encaramado en el brazo más fuerte del árbol en una actitud que habia pasado desapercibida para los transeuntes, pero que á los viajeros del imperial les hacia entrar en deseo de echar pié á tierra.

Una hora despues llegué á Namur.

Los dos valles del Sambra y del Mosa se encuentran y se confunden en Namur, que está sentado en la confluencia de los dos rios. Las mujeres de Namur me parecieron alegres y ligeras; los hombres tienen una fisonomía honrada, grave y hospitalaria. La ciudad, por lo que es en sí, no ofrece nada de notable, si se exceptúan las dos perspectivas del puente del Mosa y del puente del Sambra. Es una ciudad que ya no conserva más que su pasado, escrito en su configuración. Sin arquitectura, sin monumentos, sin edificios, sin casas viejas, afeada por cuatro ó cinco iglesias malísimas y algunas fuentes de la época de Luis XV, de un gusto execrable, Namur solo ha inspirado dos poemas, la oda de Boileau y la canción de un poeta desconocido, en la que se habla de una vieja y del príncipe de Oran-

ge, y á la verdad, Namur no merece otras poesías.

La ciudadela corona fria y tristemente la ciudad. Sin embargo, debo decirte que no he podido mirar sin cierto respeto esas severas fortificaciones, que tuvieron un dia el honor de ser sitiadas por Vauban y defendidas por Cohorn.

En los puntos donde no hay iglesias me entretengo en mirar las muestras de las tiendas. Para el que sabe visitar una ciudad, las muestras de las tiendas tienen una gran significacion. Con entera independencia de las profesiones que allí más se ejercen y de las industrias locales que se revelan desde luego, abundan en ellas locuciones especiales y nombres del vecindario, tan importantes casi de estudiar como los nombres de la nobleza, pues aparecen en su forma más sencilla y bajo su aspecto más claro.

Hé aquí tres nombres tomados al azar en los rótulos de las tiendas de Namur; los tres son significativos:

*La esposa Debarsy, negociante.*

Al leer este letrero siente uno que se encuentra en un país que era francés ayer, extranjero hoy, francés mañana, donde la lengua se altera y se desnaturaliza insensiblemente, y se desgasta por el uso y toma torcidos giros alemanes con expresiones francesas. Estas tres palabras son francesas; la frase ya no lo es:

*Crucifix-Piret, buhonero.*

Este rótulo es muy propio de la católica Flandes. Nombre, apellido ó apodo, *Crucifix* es nombre que no se encuentra en toda la Francia volteriana.

*Menendez-Wodon, relojero.*

Un nombre castellano y un nombre flamenco enlazados por un guion. En este nombre propio, ¿no está escrita, atestiguada y referida toda la dominación de España en los Países-Bajos?

Estos tres nombres expresan y resumen uno de los grandes aspectos del país; uno indica la lengua, otro la religión y otro la historia.

Ya que de esto me ocupo, voy á hacer otra observación: en los letreros de Dinant, de Namur y de Lieja se halla repetido con mucha frecuencia el nombre *Demeuse*. En las cercanías de Paris y Ruan se lee *Desenne* y *Deseine*.

Para terminar, voy á exponer una observación de puro capricho: en un arrabal de Namur reparé que habia un *Jano, panadero*; lo cual me recordó que en Pa-

ris existe á la entrada del arrabal de San Dionisio un *Neron, confitero*, y en Arlés, en el mismo frontis de un templo romano arruinado, se lee lo siguiente: *Mario, peluquero*.

## CARTA VII.

Las orillas del Mosa.—Huy.—Lieja.

Arboles y rocas.—Grandeza de Dios, pequeñez del hombre.—Sansón.—Andennes.—El viajero dá un prudente consejo al señor cura de Selayen.—Huy.—Curioso rincón de tierra donde se recoge el vino belga hecho con uva.—Aspecto del país.—Cuadros flamencos.—Alrededores de Lieja.—Aspecto extraordinario é imponente que presenta el paisaje entrada la noche.—Lo que el autor vé le hubiese parecido á Virgilio el Tártaro y á Dante al Infierno.—Lieja.—Esta ciudad no se parece á ninguna otra.—Aquí hay gentes que leen *El Constitucional*.—Las iglesias.—San Pablo, San Juan, San Huberto y San Dionisio.—El palacio de los príncipes-obispos.—Patio admirable.—Tribunales, mercado y prisión.—El ciudadano volteriano tiene demasiada chispa; el ciudadano utilitario es demasiado ganso.—Estampas en honor de los aliados de 1814.—Desastres de nuestra gramática y degüello de nuestra ortografía.

Lieja 4 de Agosto.

La carretera de Lieja se separa de Namur por una alameda de magníficos árboles. Su inmenso follaje hace bien en ocultar al viajero los toscos campanarios de la ciudad, que de lejos parecen un gigantesco juego de bolos mezclado con algunos boliches. En seguida que se sale de la sombra que producen estos árboles bellísimos, el viento fresco del Mosa te acaricia el rostro y el camino empieza á costear alegremente el río. El Mosa, engrosado más adelante por el Sambra, ensancha su valle; pero al poco rato vuelve á reaparecer la doble muralla de rocas, figurando á cada paso fortalezas de ciclopes, grandes caserones arruinados y grupos de torres titánicas. Estas rocas del Mosa contienen mucho hierro; mezcladas en el paisaje presentan un admirable color; la lluvia, el aire y el sol las enmohecen espléndidamente; pero arrancadas de la tierra, talladas y aprovechadas, se metamorfosean en ese odioso granito gris azul, del cual está infestada toda la Bélgica. Lo que forma magníficas montañas solo produce casas horribles.

Dios ha hecho la roca y el hombre el guijarro.

Se atraviesa rápidamente Sansón, pueblo por encima del cual acaban de desmoronarse en los fosos algunas paredes de un fuerte castillo construido en tiem-



po de Clodio, según se dice. Las rocas figuran allí un rostro humano, barbudo y severo, que el mayoral hace que se fijen siempre en él los viajeros. Después se pasa por Andennes, donde he reparado que existe, rareza inapreciable para los anticuarios, una iglesia pequeña, rústica, del siglo diez, que aun está intacta.

En otro pueblo, en Selayen, si no me equivoco, se lee esta inscripción en gruesos caracteres encima de la puerta principal de la iglesia: *Afuera los perros de la casa de Dios*. Si yo fuera el digno cura de Selayen, pensaría que es más urgente decir á los hombres que entren que á los perros que salgan.

Una vez pasado Andennes, las montañas se van alejando, el valle se convierte en llanura y el Mosa se aparta del camino y se pierde á través de la pradera. El paisaje aun continúa siendo bello, á pesar de que se vé aparecer con demasiada frecuencia la chimenea de las fábricas, ese triste obelisco de nuestra civilización industrial.

Más tarde las colinas se van aproximando; el río y el camino se juntan; distingüense grandes bastiones colgados como nidos de águila en el frontis de una roca, una bonita iglesia del siglo catorce recostada sobre una alta torre cuadrada, y una puerta de una ciudad defendida por un castillo arruinado. Multitud de preciosas casas construidas para recrear la vista por el génio tan rico, tan fantástico y tan espiritual del Renacimiento flamenco, se reflejan en el Mosa con sus terrazas cuajadas de flores á los dos lados de un viejo puente. Se está en Huy.

Huy y Dinant son las dos ciudades más bonitas que hay á orillas del Mosa. Huy está á la mitad del camino que hay entre Namur y Lieja, así como Dinant está entre Namur y Givet.

Huy, que es aun una formidable ciudadela, ha sido en otro tiempo un belicoso municipio y ha sostenido sitios contra los de Lieja, como Dinant contra los de Namur, en el tiempo heroico en que las ciudades se declaraban la guerra como lo hacen hoy los reinos, y en que Froisard decia:

*La gran ciudad de Bar-sur-Saigne hizo temblar á Troye en Champagne.*

Saliendo de Huy empieza ese maravilloso contraste que forma todo el paisaje del Mosa. No existe nada más severo que estas rocas, ni nada más riente que estas

praderas. Hay algunas colinas erizadas de cepas y estacas que producen vino comun. Creo que este es el único viñedo de la Bélgica.

De vez en cuando se encuentra á la orilla del río, en algun barranco, por encima del cual pasa la carretera, una fábrica de zinc de aspecto ruinoso y con los techos resquebrajados, por cuyas tejas se escapa el humo, figurando un incendio que comienza ó que se apaga, ó una lumbrera con sus vastos montones de tierra rojiza; ó mejor todavía, detrás de un campo de lúpulo, al lado de otro de habas, en medio de los perfumes que despide un jardincito, en donde rebosan las flores por todas partes y que rodea una empalizada remendada aquí y allá con pedazos de enrejado de madera carcomida, entre los cacareos ensordecedores de un sinnúmero de gallinas, gansos y ánades, se apercibe una casa de ladrillo, con torrecillas de pizarra, ventanas de piedra, cristales sostenidos con ligas de plomo, tranquila, limpia, risueña y adornada con una parra trepadora, palomas en su tejado, jaulas de pájaros en sus ventanas y un niño y un rayo de sol en su suelo. Al ver esto, sin querer se piensa en Teniers y en Mieris.

Mientras tanto la noche se acercaba, el viento disminuía, los prados, los zarzales y los árboles enmudecían, y no se oía otro ruido que el del agua. El interior de las casas se iluminaba vagamente; los objetos se borraban como si los cubriese una gran humareda, y los viajeros bostezaban á más y mejor en el coche, diciendo:—Dentro de una hora estaremos en Lieja.

Precisamente en este momento el paisaje toma de pronto un aspecto extraordinario. Allá abajo, en la espesura de los bosques, al pié de las oscuras y velludas colinas del Occidente, dos redondas pupilas de fuego chispeaban y resplandecían como los ojos del tigre. Aquí, á la orilla del camino, un espantoso candelero de ochenta piés de altura, que flameaba en el paisaje y arrojaba en las rocas, los bosques y los barrancos reverberaciones siniestras. Más lejos, á la entrada de este valle hundido en la sombra, había una boca hecha áscuas que se abría y cerraba bruscamente, y por la cual salía á intervalos con horribles golpes de hipo una lengua de llamas.

Eran los hornos de las fábricas, que los encendían.

Después de haber pasado el lugar llamado la *Petit-Flemalle*, la perspectiva se

hace inexplicable y verdaderamente magnífica. Todo el valle aparece agujereado por cráteres en erupción. Unos arrojan detrás de los montes torbellinos de vapor de color de escarlata estrellados de chispas; otros dibujan lúgubramente sobre un fondo rojo la negra silueta de las aldeas, y algunos vomitan las llamas á través de las rajadas de un grupo de edificios. Se creería al ver aquello que un ejército enemigo acababa de atravesar el país, y que veinte pueblos entregados al saqueo te ofrecían á la vez en esa noche tenebrosa todos los aspectos y todas las fases del incendio; aquellos incendiados ya, éstos despidiendo humo por todos lados, y los otros presa de las llamas.

Este espectáculo de guerra lo ofrece la paz; esta copia espantosa de la devastación la presenta la industria.

Lo que he expuesto á tu vista no es otra cosa que los grandes hornillos de M. Cockerill.

Un ruido feroz y violento sale de ese caos de trabajadores. Yo tuve la curiosidad de echar pié á tierra y de acercarme á uno de esos antros. En él verdaderamente admiré la industria. La noche, y con ella la tristeza solemne de sus horas, parece prestar á este magnífico y prodigioso espectáculo alguna cosa de sobrenatural. Las ruedas, las sierras, las calderas, los laminadores, los cilindros, los volantes, todos esos monstruos de cobre, hierro fundido y bronce que llamamos máquinas, y que el vapor hace vivir una vida horrorosa y terrible, mugen, silban, rechinan, roncan, sorben, ladran, desgarran el bronce, tuercen el hierro, pulverizan el granito, y á cada instante, en medio de los obreros negros y ahumados que los hostigan, aullan con dolor en la atmósfera ardiente de la fábrica, como las hidras y los dragones atormentados por los demonios en un infierno.

Lieja es una de esas viejas ciudades que están en via de transformarse en ciudades nuevas—¡transformación deplorabile, pero fatal!—Una de esas ciudades donde por todas partes las antiguas fronteras de las casas pintadas y cinceladas se desconchan, caen y dejan ver en su lugar fachadas blancas, enriquecidas con estatuas de yeso; en donde los buenos, viejos y grandes techos de pizarra, cargados de ventanillas, campanas, cimbalillos y veletas, se derrumban tristemente, mirados con horror por algun papanatas que lee *El Constitucional* en una terraza plana pavimentada de zinc;

en donde la administración, templo griego que tiene por adorno un empleado de aduanas, reemplaza al portal flanqueado de torreones y erizado de partesanas, y en donde el largo tubo rojo de los grandes hornos sustituye la aguja sonora de las iglesias. Las antiguas ciudades arrojan ruido; las ciudades modernas arrojan humo.

Lieja no tiene ya la enorme catedral de los príncipes-obispos levantada en el año 1000 y demolida en 1795 por no se sabe quién, pero en cambio tiene la fábrica de M. Cockerill.

Lieja no tiene ya su convento de dominicos, claustro sombrío que alcanzó tan alto renombre, noble edificio que ostentó tan soberbia arquitectura; pero tiene precisamente en el mismo lugar un teatro embellecido con columnas de capiteles de hierro fundido, en donde se representa la ópera cómica y en el que la señorita Mars ha puesto la primera piedra.

Lieja es todavía en el siglo diez y nueve, como en el diez y seis, la ciudad de los armeros. Con Francia compite por las armas de guerra y con Versalles en particular por las armas de lujo. Pero la vieja ciudad de San Huberto, en otro tiempo iglesia y fortaleza, municipio eclesiástico y militar, ya ni ora ni se bate; vende y compra. Hoy es una espaciosa colmena industrial.

Lieja está transformada en un rico centro comercial. El valle del Mosa extiende un brazo hácia Francia y otro hácia Holanda, y gracias á estos dos grandes brazos toma sin cesar de la una y recibe de la otra.

En esta ciudad desaparece todo, hasta en su etimología. El antiguo arroyo *Legia* se llama actualmente el *Ri-de-Cog-Fontaine*.

No obstante, preciso es confesarlo: Lieja, tendida graciosamente en la verde falda de la montaña de Sainte-Walburge, dividida por el Mosa en ciudad alta y baja, cortada por trece puentes, de los cuales algunos tienen una figura arquitectural, rodeada de árboles, colinas y praderas que se pierden de vista, tiene aun bastantes torrecillas, bastantes fachadas terminadas en volutas ó talladas, bastantes campanarios romanos, bastantes portales como los de San Martín y d'Amerceur, para maravillar al poeta y al anticuario más opuesto á las manufacturas, las mecánicas y las fábricas.

Como llovía á cántaros, no he podido visitar más que cuatro iglesias.



San Pablo, la catedral actual, magnífica nave del siglo quince, cercada de un claustro gótico y adornada de un precioso frontispicio del Renacimiento, groseramente revocado, y dominada por un campanario, que ha debido ser muy bueno, pero en el que algún inepto arquitecto contemporáneo ha bastardeado todos los ángulos, operación vergonzosa que á ciencia y paciencia nuestra están sufriendo en estos momentos los viejos techos de nuestra Casa del Ayuntamiento de París.

San Juan, grave fachada del siglo diez, compuesta de una alta torre cuadrada con aguja de pizarra, á cuyos dos lados se estrechan otros dos campanarios bajos, igualmente cuadrados. En esta fachada se apoya insolentemente la cúpula, ó mejor dicho, la joroba de una abominable iglesia, que tiene abierta una puerta en un claustro ojival, desfigurado, raspado, blanqueado, triste y poblado de yerbas crecidas.

San Huberto, cuyo ábside romano, orlado de galerías bajas repletas de arcos de bóveda, es de un orden magnífico.

San Dionisio, curiosa iglesia del siglo diez, cuya alta torre es del siglo nueve. Esta torre conserva en su parte inferior huellas evidentes de devastación y de incendio. Probablemente debió ser quemada en 882, cuando la gran irrupción de los normandos: así se me figura. Los arquitectos romanos repararon y continuaron candorosamente la torre de ladrillo, tomándola tal como el incendio la dejó y sentando el nuevo muro sobre la vieja piedra roída, de suerte que el perfil cortado de la ruina se destaca perfectamente conservado del campanario tal como hoy existe. Esta gran pieza roja que envuelve el campanario, festoneado por bajo como un harapo, es de un efecto singular.

Yendo de San Dionisio á San Huberto por un laberinto de antiguas calles bajas y estrechas, adornadas aquí y allá de retablos con vírgenes, encima de los cuales se enlazan, como círculos concéntricos, grandes tiras de hojalata llenas de inscripciones devotas, he dado de manos á boca con una vasta y sombría muralla de piedra, agujereada de anchos vanos en forma de arcos apainelados y enriquecida de ese lujo de molduras que anuncia las espaldas de un palacio de la Edad Media. Lo primero en que he reparado ha sido en una puerta oscura, por la que entré, hallándome á los pocos pasos en un gran patio. Este patio, en el que no

se oye el menor ruido y que debe ser célebre, es el patio interior del palacio de los príncipes eclesiásticos de Lieja. En ninguna parte he visto un conjunto arquitectural más extraño, más lúgubre y más soberbio. Otras cuatro fachadas de granito, sobre las cuales hay cuatro prodigiosos techos de pizarra, sostenidos por cuatro galerías bajas de arcadas-ojivas, que parecen hundirse y prolongarse bajo el peso, cierran la mirada por todos lados. Dos de estas fachadas, perfectamente conservadas por entero, ofrecen el bello ajuste de ojivas y arcos de bóveda rebajados que caracterizan el fin del siglo quince y el principio del diez y seis. Las ventanas de este palacio clerical tienen cruceros como las ventanas de iglesia. Desgraciadamente las otras dos fachadas, destruidas por el gran incendio de 1734, han sido reedificadas al estilo ruin de esta época y echan á perder algún tanto el efecto general. Sin embargo, su aridez no tiene nada que contrarie absolutamente la austeridad del viejo palacio. El obispo que gobernaba hace ciento cinco años se opuso sábiamente á que se las llenara de rocallas y escarolas, y se le hicieron dos fachadas peladas y pobres, porque tal es la ley de esta arquitectura del siglo diez y ocho; no hay término medio: oropelos ó desnudez; apariencia ó miseria.

La cuádruple galería que cierra el patio está admirablemente conservada. Yo la he recorrido. Nada más digno de estudio que los pilares sobre los cuales se apoyan los declives de estas anchas ojivas rebajadas. Estos pilares son de granito gris, como todo el palacio.

A medida que se examinan una tras otra las cuatro galerías, se nota que el cuerpo del pilar desaparece, tanto por arriba como por abajo, hasta la mitad de su longitud, por una hinchazón enriquecida de arabescos. En toda una hilera de pilares, la occidental, la hinchazón es doble y el cuerpo desaparece por completo. Esto no pasa de ser un capricho flamenco del siglo diez y seis. Pero lo que pone perplejo al arqueólogo es que los arabescos cincelados sobre estos gruesos y los capiteles de estos pilares, simple y groseramente esculpidos, cargados junto á los abacos de figuras quiméricas, follajes imposibles, animales apocalípticos, dragones alados casi egipcios y geroglíficos, parecen pertenecer al arte del siglo once; y para no suponer que esos pilares cortos, rechonchos y gibosos, son de arquitectura bizantina, es preciso

recordar que el palacio príncipe-episcopal de Lieja no comenzó á levantarse hasta 1508 por el príncipe Erardo de la Marck, que reinó treinta y dos años.

Este grave edificio es hoy el palacio de Justicia. Debajo de todas las arcadas se han instalado tiendas de baratijas y puestos de libros. En el patio está el mercado de las legumbres, de modo que se ven pasar los trajes negros de los atareados procuradores por entre los grandes cestos llenos de coles rojas y violadas.

Grupos de mercaderes flamencos, alborozados é impacientes, hablan y se querellan delante de cada pilar; voces irritadas que informan en estrados salen de todas las ventanas, y en este sombrío patio, recogido y silencioso en otro tiempo como un claustro, cuya forma tiene, se cruza y se mezcla perpétuamente hoy la doble é inagotable palabra del abogado y de la comadre: la charlatanería y la verbosidad.

Por encima de los grandes techos del palacio aparece una alta y maciza torre cuadrada de ladrillo. Esta torre, que era en otro tiempo la atalaya del príncipe-obispo, es ahora la prisión de las mujeres públicas; triste y fría antítesis, que el ciudadano volteriano de hace treinta años hubiese hecho espiritualmente y que el ciudadano utilitario y positivo del día hace bestialmente.

Saliendo del palacio de la puerta principal he podido contemplar la fachada actual, obra glacial y declamatoria del desdichado arquitecto de 1734. Mirándola se cree ver una tragedia de Lagrange-Chaucel en mármol y en piedra. Había en la plaza, delante de esta fachada, un buen hombre que quería á toda costa hacérmela admirar. Yo le volví la espalda sin ninguna consideración, á pesar de que me indicó que Lieja se llama en holandés *Lutich*, en alemán *Lutich* y en latín *Leodium*.

El cuarto que habito en Lieja está adornado de cortinas de muselina, en las cuales hay bordados melones en vez de ramos. También he admirado grabados triunfantes hechos en honor de los aliados, figurando nuestros desastres de 1814 y humillándonos cruelmente en nuestro idioma. Hé aquí textualmente la inscripción impresa al pie de una de estas láminas: "BATALLA DE ARCIS-SUR-AUBE: 21 de Marzo de 1814. La mayor parte de la guarnición de esta plaza, compuesta de la guardia antigua (probablemente la *vieja guardia*), fué hecha

prisionera, y los aliados entraron vencedora en París el 2 de Abril."

## CARTA VIII.

### Las orillas del Vesdre.—Verviers.

El viajero apacigua una disputa sacrificándose y complaciéndose. —Paisaje del Vesdre. —Eglogas. —Los versos de Ovidio puestos en escena por Dios. —Pedazos de roca que llueven. —No atraveséis los sitios en donde tienen lugar los idilios cuando en ellos se construyen caminos de hierro. —Verviers. —Los tres barrios de Verviers. —El muchacho y la pipa. —Desgraciada ciudad si las chimeneas fuman como los niños. —Limbourg. —La aduana, la garita, la frontera.

### Aix-la-Chapelle 4 de Agosto.

Ayer, á las nueve de la mañana, cuando iba á salir la diligencia que recorre el espacio que media entre Lieja y Aix-la-Chapelle, un buen ciudadano valón detenía á los transeuntes con sus gritos, negándose á subir al imperial, y llamándome la atención por la energía de su resistencia; este campesino auverniano añadió "que había pagado para estar dentro del coche y no encima de él." Para cortar por lo sano me ofrecí á ocupar el asiento de este digno viajero, y así lo hice: apaciguado todo, la diligencia partió.

Cuánto me alegré de cambiar! El camino es alegre y encantador. Ya no es el Mosa lo que se vé; es el Vesdre. El Mosa se pierde por Maestricht y Ruremonde, en Rotterdam y en la mar.

El Vesdre es un río-torrente que baja de Saint-Cornelis-Munster entre Aix-la-Chapelle y Dueren, á través de Verviers y Chauffontaines hasta Lieja, por el valle más delicioso que hay en el mundo. En esta estación, cuando lo abriga un hermoso día y un cielo azul, es algunas veces un barranco, con frecuencia un jardín, siempre un paraíso.

La carretera no deja un solo momento el río. Tan pronto una y otro atraviesan juntamente una risueña aldea hacinada debajo de los árboles, con un puente rústico delante de cada puerta; tan pronto en un pliegue solitario del valle pasan rozando un viejo castillo de regidor, con sus torres cuadradas, sus altos techos puntiagudos y su gran fachada horadada de algunas raras ventanas, altivo y modesto á la vez, como conviene á un edificio que es mitad choza de campesino y mitad castillejo de señor feudal. Más adelante el paisaje adquiere de